

# CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO  
2.ª EPOCA

Director: ARTURO AZCUMENEZ

GALERIA CÓMICA  
FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES

**AÑO II**  
**N.º 75**  
Agosto 4 de 1895

**PRECIOS SUSCRICION**  
MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

**EXTERIOR**  
*Los mismos precios en moneda equiva.  
lente con el aumento del franco.*

Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

• DEVENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS •  
• SE PUBLICA LOS DOMINGOS •  
Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301  
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON; CERRO, 57



Artista, hijo de esta tierra,  
que el arte á lo alto levanta,  
que con su violin encanta  
y que con su pelo aterra.

SUMARIO

TEXTO—Zig Zag, por Arturo A. Giménez—«Para Ellas» por Alina Doré—«Teatros», por Re-Bemol—«Ecos de sociedad», por Eusebio Sierra—«La voz del viento», por Nemo—«Cosas»—«Epigrama»—«Entre dos fuerzas», (novela), por Arturo A. Giménez Menudencias—Correspondencia particular.  
GRABADOS—Fotografías sin retoques—«Para Ellas»: retrato de señorita, por Aurelio Giménez—S. M. con nana, por Wimpelaine II La gracia ajena. Cosas de Pons: En el Prado—«Recorde», de Melitón González, y varios intercalados en el texto, por Aurelio Giménez.



Pues señor; ocurren cosas curiosas en esta tierra.

Figúrense ustedes que los héroes del día en la semana han sido *Monsieur le Ministre* y la barriga de don Juan.

Dos cosas que hasta ahora no habían tenido otras relaciones que las de... algunas digestiones en común.

Pero, he aquí que se le pone a don Juan la barriga mala, (que alguna vez había de ser) y ¿a quién habían de tocar de rechazo los resultados de esta enfermedad?

A *Monsieur*.

(Se entiende que le tocaron de rechazo los resultados *sociales* de la indisposición estomacal de don Juan. Las cosas claras).

Y *Monsieur* alabó al cielo. En efecto, *Monsieur* estaba triste.

—*Je suis mélancolique*, decía con acento de resignada tristeza a dos ó tres docenas de sus edecanos. Y suspiraba.

Con razón. El, acostumbrado á figurar como guerrero ilustre que es, en los campos de batalla; en todos los campos, ora en el de los blancos, ora en el de los colorados, y según algunos en el de los negros; acostumbrado á figurar como diplomático insigne en París. *Dans quel grand Paris!* en que era el *clou* de toda fiesta, uno de los *lyons* de la *vieille garde*, *mais encore avec d'attractifs*; figúrense ustedes cómo estaría aquí, sin figurar para nada, haciendo cuando más de figurín y no pocas veces de figurón!

En tal estado de ánimo se hallaba, cuando cátrate aquí que se le descompone el presidencial aparato de digestión á don Juan Excelencia.

Precisamente en circunstancias en que el «Instituto Verdi» se empeñaba en que asistiera á la fiesta de su inauguración.

La desesperación de S. E. fué grande. Le habían asegurado que se ejecutarían selectos trozos, y no concibiendo otros trozos que los de algo comestible, le era doloroso no poder asistir. Pero Soca es inflexible.

Lo cual desesperaba más á don Juan, que considerando aquello más que crueldad, gritaba hambriento:

Esto que hoy me toca de duro ya peca. Libradme de Soca, que Soca me seca!

Hubo de decirse al fin y delegar su representación en alguien.

¿En quién? ¿Quién era capaz de representarle dignamente, con toda la majestad de los grandes?

Pues! No estaba ahí *Monsieur*?

¡Claro! *Monsieur*.

Y *Monsieur*, loco de contento, se aprestó inmediatamente— ¡Al fin!

Iban á verle, á admirarle. Cruzó su noble pecho con la roja banda. Eh... *Dans France les présidents* llevan la banda *rouge*... Suspendió de su cuerpo bello todo el monetario y pendiente de su talle el tajante acero, con gallardo continente,

la mano izquierda apoyada en el pomo de la espada y el aspecto *très français*

marchóse al Instituto, donde saludaron su llegada los marciales acordes del Himno Nacional. ¡Nada menos!

Verdad es que *Monsieur*, mareado por la gloria, iba tarareando al compás de la música:

Orientales, la Patria ó la tumba  
*le jour de gloire est arrivé...*

Y con los ojos entornados, como en éxtasis, murmuraba con voz desmayada.

—*O mon Dieu! L'himne! A moi! Et à ma famille!* ¡Como á un *Président!* O *quel douce songe!* ¡Qué sueño! *Quelle grande reverie!*

Y no paró aquí la cosa.

Decididamente *Monsieur* estaba destinado á ser el hombre del día.

La González, la tiple de San Felipe, dominada por la arrogante figura del *Ministre*, le dedicó su beneficio. ¡A El!

Y él, loco de contento, echóse á cantar con Vital Aza:

*Pour moi se pirren las belles.  
Hago ici le grand papié  
y soy el enfant mimé  
de toutes las demoiselles!*

En fin que fué el hombre más feliz del mundo durante estos días.

Tanto que se ha llegado á hablar de cierto incidente.... Parece que Vidiella estaba celoso de la popularidad y boga de *Monsieur*.

—Todos somos ministros, refunfuñaba.

—Eh, decía aquél. *Mais.... Je l'ai dit. Il faut savoir ser Ministre!.... Comme moi.*

—¡Qué! dijo Vidiella ya enojado. Su lugar es el campo de batalla!

—Y el suyo es un campo de botellas! rugió *Monsieur*.

Y se enojó.

\*\*

Por lo que toca á la enfermedad de don Juan, no por tratarse de una barriga ha dejado de producir la consiguiente sensación.

El té semanal estaba anunciado, Gran cantidad de estómagos preparados y.... ya saben ustedes lo que ocurrió.

Llegaron á la puerta.... ¡Nada! Brian en voz baja, misteriosa, les comunicó la triste nueva.

Y se volvieron con el corazón oprimido y el estómago lánguido.

Había un principio de *peritonitis!*

*Monsieur*, que llegaba, dijo al saber lo de la enfermedad.

—¡Malol! Pero no grave, *au moins?*

¡Era grave!

El proceso es breve.

Don Juan se había dado á comer y á comer que era una barbaridad. No había lechón que se considerase seguro por donde él pasaba. Había declarado una guerra cruel á todas las vaquillonas del territorio. Era el temor de los pollos inocentes; los gallos viudos le acusaban de su triste y continua viudez; la sangre de miles de morcillas dijeras clamaba contra él; los conejos decentes se disponían á la emigración; no había quedado vaca con riñones en toda la república.... en fin no había cosa que no fuese á parar á la barriga de aquel hombre.

Había concentrado todas sus actividades en el aparato digestivo, y sus amigos pregonaban su afición al estudio manifestada por aquello de tragarse todos los días á *Chateaubriand*.... á la plancha,

Y cuenta que no se hacían lenguas de ello, porque se los hubiera comido.

Es claro, todo esto acabó por fastidiar al aparato.

El estómago dió la voz de alerta. La revolución era inminente. Cada órgano expuso sus quejas. El epigastrio bramó furioso. El pancreas gritó que le estaba sacando el jugo de una manera cruel y que renunciaba el puesto; los intestinos se retorcieron en un arranque de rabia; el peritónico quiso conciliar, y el pancreas le escupió jugo gástrico; el estómago le apretó de una manera brutal, los intestinos diéronle de latigazos, y todos en el colmo del furor la emprendiera á golpes con él.

De ahí el principio de peritonitis.

Lo cual, aunque parezca mentira, no ha correjido á don Juan, que, cada vez que Soca le preguntaba:

—¿Siente algún calambre?

—Hambre, sí; mucha, respondía.

Después se ha asegurado que el primer diagnóstico era errado, y que solo afligía á don Juan una obstrucción del intestino ciego.

Es muy posible. Siendo ciego el intestino es fácil tropezar en él.

Además de esto (para exponer todas las versiones), se llegó á decir que toda la causa de la enfermedad había sido el proyectado viaje á la Isla de Flores, que ella suspendió.

Inspira aquello, lazareto, concesión, proveyeduría y demás cosas súcías, tal horror al estómago, que ¡claro! en cuanto las tripas de don Juan supieron que quería llevarlas allá, se sublevaron.

No obstante, la opinión más autorizada atribuye siempre la dolencia á la obstrucción del intestino ciego.

Y dicen que al saberlo S. E. Juan Presidente dijo alarmado:

—¿Cómo? ¿Tengo un intestino ciego? Pues que venga en seguida un oculista! Llamenme á Salterain, pronto!

ARTURO A. GIMÉNEZ.



.... Y ella los veía pasar, indiferente, distraída.

Aquél es un jóven de veinticinco años, alto, gallardo, elegante, reuniendo todas esas cualidades exteriores que pueden cautivar en seguida el espíritu de cualquiera mujer razonable.

Pero ella le veía pasar y sonreía.

—¡Jesús! ¡Qué serio, qué formal.... Parece un furioso—decía frunciendo el entrecejo.

Y el jóven, en vano, buscaba una mirada de correspondencia en aquellas pupilas de mujer que le miraban adustamente. Por fin, desilusionado, el jóven marchábase y no volvía á aparecer bajo aquellos balcones ingratos.

Otro viene: es muy jóven, apenas le apunta el bozo, y en su andar y sus ademanes revela cierta oculta timidez que trata de disimular con actitudes importantes y señoriles. Un gran ramo de violetas ostenta en la solapa izquierda. Sonríe levemente y la mira ¡Cómo la mira! Enviándole en su mirada todo el amor y el heroísmo de un corazón de veinte años libre de escrúpulos de conciencia y de temores pueriles.

Pero ella tampoco le corresponde. Le deja pasar, escoltándole con la mirada burlonamente compasiva de una piedad de reina inaccesible y poderosa. Así desatendido, él no vuelve, mientras ella desde su balcón, le despide con esta fráses murmuradas:

—¡Qué infeliz! ¡Pobre niño!

Otro llega. ¡Es tan seductora ella!... Este es ya más hombre, al menos por los años; las canas apuntan en su negra cabellera, y á pesar de los esfuerzos visibles que hace para armonizar su paso, se advierten en él esas vacilaciones que marcan indiscutiblemente el descenso hácia la patria del abolengo y los rancios recuerdos.

Ella le mira, con una mirada tal de desprecio y de ira, que sus bellos ojos azules parecen enseñar el fondo negro en que apuntan los abismos. El insiste, insiste, pero ella, implacable, perma-



Francisco  
1895

neces encerrada en la obstinación de su desdén iracundo.

Y véase también el pretendiente maduro....  
...Otra hora ha sonado, esa hora marca su paso con minutos de inclemencia y horas de desengaño.

Ella aguarda en su balcón, aquel balcón que tantos desprecios y desdenes viera descender en la luz de sus miradas y los mohines de su sonrisa juvenil.

Ella aguarda.  
¿Qué secreto profundo parece guardar su semblante marchito? ¡Oh, qué triste hora! ¡Cuán rica es en horizontes sombríos y en cielos apagados que entreabren su seno únicamente á luces crepusculares!

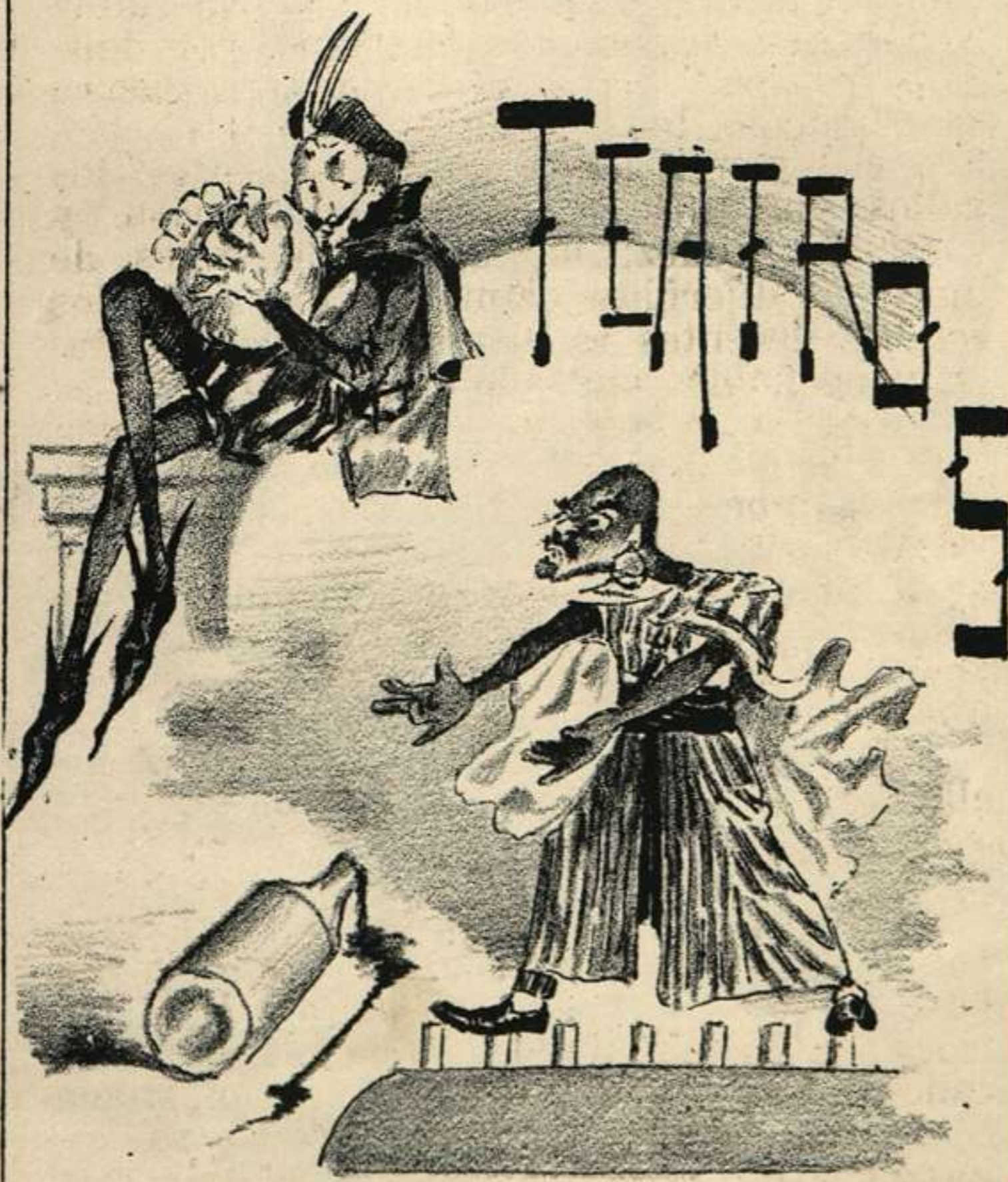
Ella aguarda aún.  
Y con la fiebre, la ansiedad, el anhelo ardiendo, ve pasar al hombre, el niño, el viejo, queriendo en vano detener un paso y su mirada ante aquel balcón triunfante que tantos desprecios dejara caer.

Pero ellos siguen, sin alzar siquiera la cabeza.  
¿A qué? Otras hadas, otras almas sencillas y buenas, han abierto ya al hombre, el niño y el viejo, el recinto tranquilo en donde se enciende la luz suave de la paz amorosa....

En el próximo número, amigas mías, vendrá la obra maestra de Dolce, del gran Dolce, y además la *Visita* al estudio fotográfico de Chute y Brooks.

La obra maestra....  
No lo digo: ya la verán.  
¡Es cosa digna del fotógrafo romano!

ALINA DORÉ.



Ocupémonos de *Aida* ya que su repetición el Domingo viene á incluirla en esta crónica.  
La enfermedad de la señora Calligaris obligó á la Petri á hacerse cargo del papel protagonista, y

debemos declarar que á pesar de la falta de ensayo (esto lo aseguraban los avisos) la suplente cumplió como buena (y que no suceda con este buena como con el bueno correspondiente al de los platillos en la crónica del número anterior. Han de saber ustedes que allí donde los cajistas pusieron: «El de los platillos cumplió como *hierro*», había yo puesto: «... cumplió como bueno.»)

La Petri, pues, desempeñó bien su parte. Haremos notar como pasajes dignos de mención, la romanza del tercer acto y el duo del mismo en que nos gustó más que Duc. La escena del primero fué cantada lo bastante correctamente para dejar una impresión agradable.

Duc... ¡Caramba! Me fastidia esto de que Duc no consiga entusiasmarme. Tiene una voz poderosa, yo se lo reconozco y mis oídos también. En eso estamos conformes. Cuando suelta un agudo deshace al que encuentre por delante. Pero, ¡qué quieren ustedes! Hay jente así, como yo, que se les mete en la cabeza exigir á un tenor, y aún con preferencia, expresión y matices, sobre todo si se trata de cantar *Aida*. Y de ahí que no nos satisfaga Duc cuando canta la *celest* *Aida* y notamos que falta dulzura, como no la tienen cantados así los dulcísimos ritmos del duo final.

Sobre la interpretación de este duo, particularmente, creo necesario hacer mi profesión de fé.

Confieso que ningún artista (entre los de que conservo recuerdo preciso, claro, y lo bastante intenso, se entiende) que ningún artista me ha satisfecho en él Yo querría oír allí un canto flébil, dulcísimo, que hiciera adivinar el límite de la suavidad, un *plañisimo* extraordinario, y así no lo he oído; quizá no se pueda cantar de ese modo... no

# S. M. CON MANANA



JUAN —¡Ay mi Dios! Tanto comí por donde comida hallé, que ahora, hinchado, yo no sé qué hacer, si es que sigo así.  
 ANGEL —Está enfermo, y hoy no hay Té. Si vienen por el mendrugo acostumbrado, no hay jugo que sacar.... Quedan de á pié.



¡No hay! ¡Es espantoso!  
 ¡No vidar mientras dure!  
 ¡Que se cure Poderoso!  
 ¡Que el Señor te dé, para que así no quedamos sin ti!  
 ¡Llantos, suspiros y flatos!

sé. Por eso cuando oigo á Duc diciendo aquellas frases infinitamente dulces, con su voz poderosa, de coloso generoso, pródigo, ó su media voz, poco dúctil y opaca, encuentro que aún falta mucho para acercarse á mi ideal.

En cambio, Duc aparece magnífico, hermoso, cuando dice á voz llena, arrojando abiertamente la frase *Per te riveggo mia dolce Aida*, como cuando termina el duo con unos cuantos agudos soberbios, capaces de despertar á todos los ejipcios que duermen desde entonces acá.

Scaramella es un barítono simpático, de buena voz y excelente escuela. Quizá el papel de *Amonasro* no es el que á sus condiciones de barítono cantante conviene, y en ciertos pasajes se nota esfuerzo de parte del artista, pero canta con gusto y se hace aplaudir con buena voluntad.

Y la Borlinetto, aunque en los agudos su voz resulta algo estridente, supo dar gran realce á su papel. El duo del segundo acto fué notablemente cantado, con apropiada expresión dramática y muy buenas inflexiones de voz. Fué con justicia llamada á la escena despues de la difícilísima idem del cuarto acto.

La orquesta bastante bien. El gran *pezzo concertato* del segundo acto resultó homogéneo y brillante. Los coros no desafinaron mucho.

Y pasemos á *Otello*.

Si he de decirles la verdad, yo preferiría no haber visto esta ópera el Martes, y así no tendría que ocuparme de su interpretación.

Porque, lo declaro, la empresa me es simpática; ha hecho sacrificios para traer notabilidades y buenos cantantes; se empeña en satisfacer al público, y por todo esto duele tener que darla el disgusto de declarar que aquel *Otello* fué malo por todos conceptos.

Duc, en el papel protagonista, hizo todo menos interpretarlo como se debe. La acción dramática, tan importante, fué descuidadísima; todo lo descuidado que ustedes quieran figurársela. La interpretación musical, vulgar por demás. Y creo que basta.

La señora Colonese canta bien, con mucha suavidad, con afinación, pero no se la oye. Esto es lo malo. Que si se la oyera, se aperibiría todo lo que acabo de decir.

Pacini... ¿pero qué les digo de Pacini? Anoten ustedes las *cromáticas* descendentes del brindis, y cierren la cuenta. La acción dramática ¡lo que es el mal ejemplo! como la de Duc. Y figúrense ustedes á Yago sin detalles dramáticos! El *credo* fué recitado, nada más.

Los coros muy bien ensayados en el primer acto, desafinaron fuerte en el segundo. El más debil de los coristas se merecía un tabardillo.

La orquesta insegura y debil... Con que, no tengo más que decir. Y conste que espero un desquite brillante, si me aseguran que se ha de ensayar *Otello* como si no se hubiese representado.

Nos queda ya poco espacio para dar cuenta á ustedes de la interpretación de *Rigoletto*. Las óperas de Jueves no podemos incluirlas, como ustedes comprenderán, pero de ésta, en mérito á su brillantísimo éxito, diremos dos palabras, esperando que la repetición nos dé lugar á ocuparnos más extensamente en el otro número.

De Lucía cantó con toda voluntad, derrochando voz y suavidad. Fué repetida la balada del primer acto, y seis veces *bisada* la canción del último. Admirable.

La señora De Frate aplaudida en el aria. Canta bien; linda voz.

Scaramella cantando con buena voluntad y gusto, mereció afectuosos aplausos.

¡Ah! Y el teatro lleno, como todas las noches.

\*\*

Ustedes disculparán que no me ocupe de Cibils. No he visto la compañía de zarzuela porque ya no puedo tragar la zarzuela así presentada. Me gusta mucho, digo: me gustaba cuando era una manifestación artística, cuando Aguirre nos traía cantantes de conciencia. Eso de que Mesa y Gil se atrevan á cantar ante un público culto, me parece una insolencia. ¿Que son graciosos? Ya. Pero cantando me parecen desgraciados. Para ellos está la comedia de sal gruesa y no debieran salir de ahí.

Por otra parte aquellos cancanes de Lola Millanes que los intercala vengan ó no á pelo, me tienen ya fastidiado.

Tratándose del cuadro estrenado el Miércoles, haré una excepción en favor de Pablo Díaz, un barítono correcto y concienzudo.

Y me retiro, con el permiso de ustedes.

RE-BEMOL.

## Ecos de sociedad

I

Apenas el monago abrió la puerta al despuntar por el Oriente el alba, cruzó la baronesa el templo oscuro y de rodillas se postró ante el ara. ¿Cuántas misas oyó? Nadie lo sabe, ni ella misma quizá, más fueron tantas, que al suspender el fervoroso rezo dieron en el reloj diez campanadas. Se levantó de un salto, y sonriente fué á la pila bendita, tomó el agua, y señaló una cruz entre los rizos que cubrían su frente nacarada. Otra vez volvió á andar, cruzó la puerta, echó el tupido velo por la cara, repartió unas monedas en la calle y en su berlina entró, diciendo: A casa. Y al salir los caballos á galope asomóse á sus ojos su hermosa alma, y murmuró quedito, muy quedito: —En pidiendo con fé, todo se alcanza.

II

¡Cuánta hermosa en el Real aquella noche! Pero de todas ellas envidiada la gentil baronesa, que en su palco á una reina en el trono semejaba. Indiferente á todos los obsequios y sin temor á odiosas asechanzas, solamente al país de un abanico volvía perezosa la mirada. De pronto entró el baron mal humorado, dejándose caer en la butaca, y ella, sin interés y sin moverse, le preguntó: ¿Qué es eso? ¿Qué te pasa? —Lo de costumbre, contestó el marido, que ya no hay cacería, ni hay ya nada. —¿Y dónde pasarás los carnavales? —Pues tendré que pasarlos en mi casa. Sonrióse la linda baronesa, cierto que al parecer con poca pena, y murmuró quedito, muy quedito: —¡Tampoco me oyó Dios esta mañana!

EUSEBIO SIERRA.

Pasa tranquilo, oreando, acariciando todas las cosas, haciendo murmurar el ramaje.

Escucha: ¿No oyes un flébil gemido, un suave arrullo pasar con él?

Es un suspiro que lleva en sus alas.

NEMO.



## La gracia ajena

COSAS DE PONS

EN EL PRADO



—Ella pasará, y si no conoce todo lo inmenso de mi amor, es que no comprende el lenguaje de los ojos.



El de todos los domingos y fiestas de guardar

## COSAS

El viaje proyectado por S. E. á la Isla de Flores (con mal perfume) ha tenido que aplazarse con motivo de la enfermedad de don Juan.

Y no ha sido poca suerte para éste, sobre todo hallándose enfermo del estómago.

Porque se ha evitado los vómitos.

◆◆

De un diario de la mañana, refiriéndose á la inauguración del Instituto Verdi:

«A las nueve de la noche llegó el Ministro de la Guerra acompañado de su señora esposa y su señorita hija.

La banda tocó el Himno Nacional».

Quisiera saber de qué banda el diario nos hablaba. Si de la que allí esperaba ó de la que usa *Mosicé*.



Escucha, escucha. —¿Oyes el pampero ruiendo furioso? ¿Oyes como sacude las ventanas y hace jemir los árboles? —Todo tiembla á su paso todo se estremece... Escucha, escucha.

¿De dónde viene? —De muy lejos; de lo desconocido. De otros países que están allá, tras de los montes, más allá de los mares.

Escucha, escucha su voz; escucha sus voces.

Muchas, muchas vienen en él, conducidas con inmensa velocidad, arrastradas por el torbellino, confundiendo en una sola y poderosa voz.

Escucha, escucha ese bramido majestuoso; es el eco de la gran voz de la cordillera, de la voz misteriosa de los abismos. En los montes recojió el viento el ruidoso suspiro del volcan, el crujido poderoso de la avalancha.

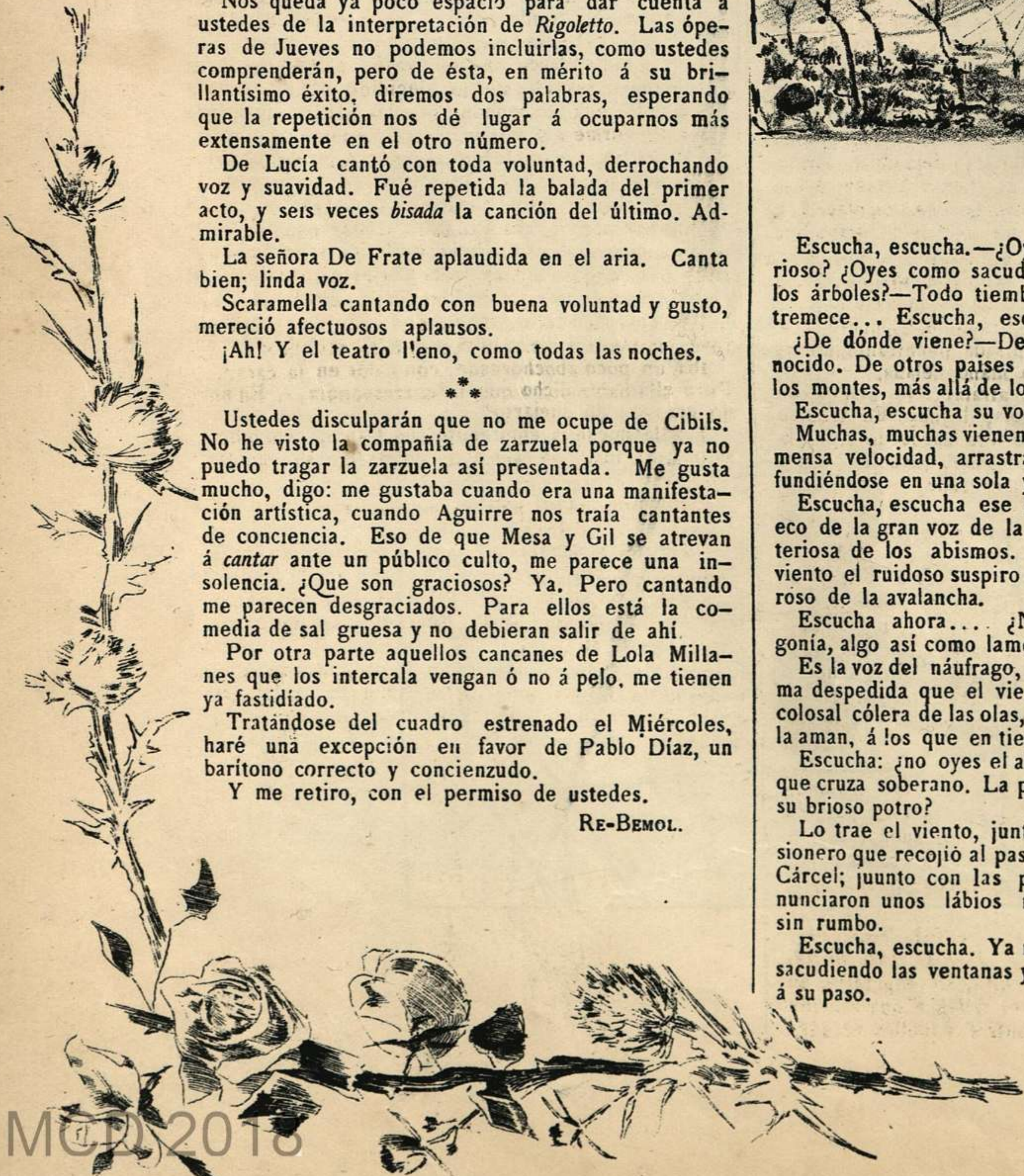
Escucha ahora... ¿No oyes jemitos, voces de gonia, algo así como lamentos?

Es la voz del naufrago, sus últimos gritos, su última despedida que el viento arrebató en medio de la colosal cólera de las olas, y que ahora lleva á los que la aman, á los que en tierra le esperan aún...

Escucha: ¿no oyes el alegre grito del gaucho libre que cruza soberano. La pampa inmensa, altivo como su brioso potro?

Lo trae el viento, junto con el quejido del prisionero que recojió al pasar por entre las rejas de la Cárcel; junto con las palabras de amor que pronunciaron unos labios rojos, y que ahora arrastra sin rumbo.

Escucha, escucha. Ya no ruje furioso el pampero sacudiendo las ventanas y haciendo estremecer todo á su paso.



En Buenos Aires ha sido concedida por el Juez la demanda de divorcio que entablara un tal don Prudencio Casado.

Y he aquí un sujeto que voluntariamente se estropea el apellido, porque en buena ley ya no podrá llamarse Casado sino *Descasado*.

Cosas de la vista:

Para los que lean sin cuidado «El Día», el Presidente de la República ya no es don Juan Idiarte Borda.

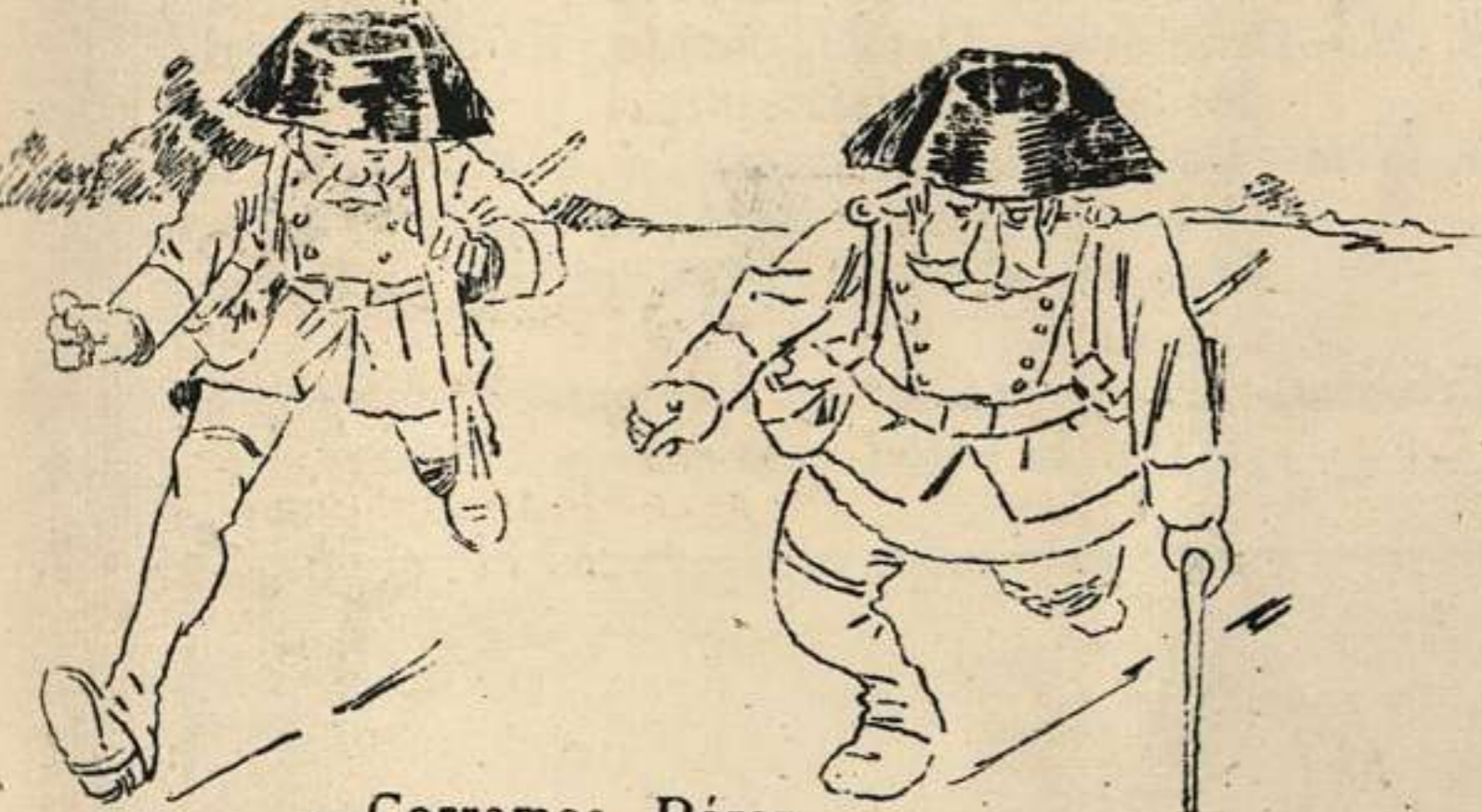
Es Andó, el primer actor de la Compañía Ferrari, si hemos de juzgar por el tratamiento. Sino léase la noticia sensacional:

LA SALUD DE S. E.  
SIGUE MEJOR ANDÓ  
**EL SER CIVIL....**

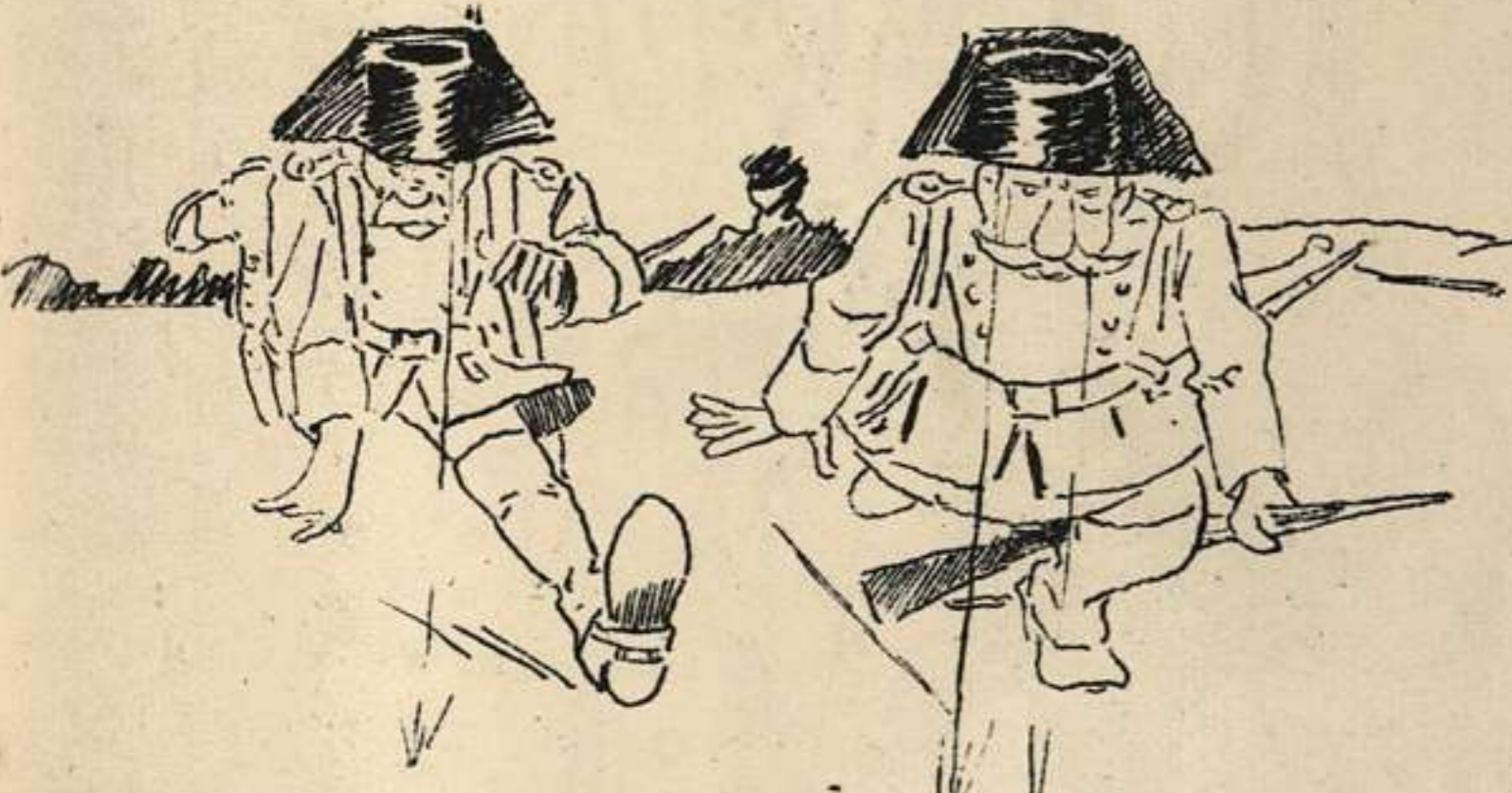
POR MELITÓN GONZÁLEZ



—Allí se vé á un cazador.  
—Debe ser furtivo porque echa á correr.



—Corramos, Pérez.  
—Corramos, Gómez.



—¡Mucho corre el condenado! Aprieta, Pérez.  
—Aprieta, Gómez



—Ya no puedo más, Pérez.  
—Estoy reventado, Gómez.  
—¡Alto, que hacemos fuego!



—De modo que tiene usted licencia Entonces ¿por qué corría usted?  
—Porque la perrita tiene mucho miedo á la Guardia Civil.

**EPIGRAMA**

Sólo en mi hogar observando,  
voy las cuentas aprendiendo:  
pues me las van enseñando,  
mi avaro suegro, sumando;  
mi sirvienta, sustrayendo;  
mi mujer, multiplicando,  
y mi suegra, dividiendo  
nuestra paz de vez en cuando.



**ENTRE DOS FUERZAS**

**NOVELA**

POR  
ARTURO A. GIMÉNEZ

VII

(Continuación)

Desde aquel día Mario volvió á sentir anhelos olvidados y deseos pertinaces que le llevaban hacia Delia, nuevamente entrevista y sentida en un momento de misterio, comunicándole calor con el contacto de su mano calentita, en la tarde fría aquella del duelo.

Y cada vez sentía más intensa, más viva, la sensación de una mano pequeña y nerviosa oprimiendo la suya en la oscuridad; luego, dejándose llevar, cediendo á esa propensión de la imaginación, á esa curiosidad instintiva y aníosa que se complace en reconstruir un ser del que solo se ha visto una parte, armonizando caprichosamente las demás, se entretenía en adquirir la percepción distinta de la dueña de aquella mano, perdida en la oscuridad, y que él quería imaginarse mirándole fijamente con aquellos hermosos ojos de mirada penetrante, mientras le guiaba apretando su mano helada.

Todos esos recuerdos le atraían, le empujaban con fuerza obligándole á verla, deseoso de hallarse ante ella, mostrándole que era capaz de sitiar la plaza que antes le inspirara temor, resuelto á jugar el todo por el todo, ya más avezado, más fuerte, más hombre.

Y, desaparecido, ante el poder de una vanidad más poderosa que la de parecer invulnerable que antes le dominara, aquel orgullo absurdo que antes le impidiera buscar las ocasiones de interesar á Delia, decidió ir á verla, pensara lo que pensara ella de tal asiduidad, excitándose cada vez más, al mirarla, doblemente interesante con su traje negro de cuello alto que la hacía tan blanca y tan severa.

Y con las visitas, y animado por ella, volvieron á levantarse aquellos anhelos dormidos y á llenarle nuevamente la imagen de aquella mujer que no había podido olvidar, evocando sus ilusiones desvanecidas, desmayadas, pálidas ya, como un color gastado por el tiempo; y sus desvarios y sus sueños le invadieron de nuevo, presentándole otra vez mil incidentes adorables de sus fantásticos amores con Delia.

Pero ahora le parecían más cerca todas esas cosas, más á su alcance, más reales; y así volvió, de pronto, como quien encuentra, sin esperar, en los rincones de la memoria, el ritmo á una canción antigua casi olvidada, á encontrar aquellos recuer-

dos de un año antes, revestidos de nuevo encanto, del encanto de lo pasado.

Volvían con Octubre las auras cálidas, las tardes serenas, largas, plácidas, blancas; las noches solemnes en que chispean allá en lo alto las estrellas, derramadas á capricho en el gran manto de sombra azul que envuelve al cielo dormido.

Y en una de aquellas tardes inmensas, silenciosas, que el día desfalleciente arrastra lánguido tras sí en su lenta marcha hacia el ocaso, fué que se decidió.

Había ido con su madre, que, desde la muerte de María iba allí con frecuencia, á acompañar á Misia Justa. Ese día Orfilia había salido con Carmen, que siempre sujeta á su papel de gran señorona, gustaba llevar dama de honor, y Mario se ofreció á acompañar á Isabel. Se había vuelto obsequioso, tratándose de tales visitas.

Mientras las viejas charlaban allá en un rincón del cuarto que la oscuridad invadía lentamente, infiltrándose silenciosa por los entreabiertos postigos, Mario con Delia, en el otro extremo, junto á la puerta, miraban al patio en que un rosalito endeble recibía triste la luz blanquecina del crepúsculo.

Entonces viendo que se acercaba la hora de retirada, se sintió acometido de un nervioso deseo de decidir la situación porque aquel momento, sin saber porqué, le parecía favorable, hecho para aquello, y adivinaba instintivamente que había llegado el tiempodé hacerlo.

Empezó, siempre tímido y receloso en tales circunstancias, bromeando con ella, que se había quedado pensativa, meditabunda, rodeada de melancolía por la tarde triste.

—¿En qué pensaba? ¡Sabe Dios!... En algo dulce...

Delia facilitó influenciada también por la situación. El, entonces, con frase algo torpe, casi indirectamente, mirándola apenas, declaró su amor, temeroso de que le oyeran las madres, que de cuando en cuando quedaban también calladas, preparando la despedida. Aquella declaración mutua fué tímida por demás, sin expresión, casi fría. Era incómodo, de veras, decirse esas cosas allí donde todo podría oirse. Ella, dudaba de sus palabras; no era verdad. El, mirando inquieto al sitio donde las otras conversaban, aseguraba lo contrario, tratando en vano de dar calor, expresión á sus palabras, así inmóvil como tenía que estar; era cierto, e taba enamorado, ¿porqué lo dudaba? ¡Ah! Por sus bromas de antes. Bah!... Pero, cuando menos, no le había conocido ella ya!.

Entonces les interrumpió Isabel que quería marcharse. Mario, impaciente, murmuró un «espera» brusco, y exigió la respuesta de Delia. Dijo por fin que sí. A la verdad, no había estado ella más expresiva, pero había respondido, y ya no era poco.

Cuando se despidió, Delia le sonreía. Y él, al verla así, ya suya, recordó mirando el crepúsculo pálido aquella tarde en que ante el día muriente se encomendara á la suerte, decidido á dejarse llevar donde ella le condujese; le había traído al amor, conforme á su deseo, y estaba contento, aunque algo confuso, pensando en aquella declaración furtiva que le parecía desairada.

Y así, al salir, no dijo más que las frases vulgares; apenas le estrechó la mano, salió tropezando; y en la puerta, cuando Isabel echaba ya á andar, se detuvo sin saber porqué, como bobo, tratando de decir algo que luego resultó una tontería, y se fué por fin, arreglándose el sombrero que se había puesto al revés, mirándola siempre con sonrisa estúpida.

Iba un poco abochornado, con calor en la cara... Pero ella había dicho que le correspondía... En fin, no era cosa de quejarse.

Y á la noche la emprendió con Daniel, contándole todo, loco de alegría, satisfecha su vanidad por fin.

El otro le cortó la palabra diciéndole:

—¿Y la otra? ¿Argentina?

Quedó un momento pensativo, ensombrecido levemente su rostro alegre.

—Eh, dijo por fin echando á un lado el pensamiento enojoso. Esa queda todavía como fondo de reserva, por si acaso.

Y volvió á su cuento, relatando minuciosamente todo, hasta lo más nimio, repitiéndose, volviendo sobre las mismas frases, fastidioso, pesado, en el desborde inconsciente de su felicidad.

(Continuará.)





De «La Tribuna Popular»:  
 «El Huracán—Procedente de las costas del Este arribó hoy á nuestro puerto el rápido Huracán, de la casa Lussich, que había ido á recorrer el cable telegráfico.»  
 ¡Pues digo! Lindo habrá quedado el cable después de recorrido por el Huracán!  
 Y luego se volvió tan fresco á nuestro puerto! Pues debieran prohibir los que encargados están de eso, que á entrar ó salir vuelva, al puerto, un Huracán.

—Vaya, don Genaro, que los cumpla usted muy felices, y acepte un pequeño obsequio... Le traigo á usted «Los doce pares de Francia». ¿Le gustan á usted?  
 —Hombre... yo hubiera preferido doce pares... de medias. Como estamos en invierno...

El señor Juan José Castro levantar quiere el catastro del territorio Oriental, no dejando así ni rastro, según lo cree el Ministro... (y aunque el decirlo esté mal,

¡qué difícil es ¡canastro! hacer versos, así en astro y quedar como si tall!

«La Prensa» comunica á los lectores de su Vida social que los esposos José Saavedra é Isabel Barroza de Saavedra festejaron el Martes sus bodas de plata.

Pues cuidado con los ladrones. Que esas bodas han de haber despertado más de un deseo vehemente en corazones de arruinado. Y será, en estos tiempos escasos, un poderoso aliciente para los solteros.

Porque de fijo cuanto soltero ande pobre se dirá: ahí me las dén todas me dispongo á contraer bodas aunque solo sean de cobre.

Del Correo de Europa de «La Razón»: «Un español ha presentado una sotición al Sultán de Marruecos, y éste mandó entregar veinte duros al peticionario.»

¡Vamos! Este español debe ser algún partidario de la guerra contra los moros. Y ya, abierto el apetito por lo de Melilla

Quiere, sin duda, que España tome otra vez á Tetuán, y ha empezado la campaña dando un sablazo al Sultán.

Refriéndose á la influenza, que, ¡claro! por no perder la costumbre de todos los inviernos se ha radicado ya entre nosotros, dice el cronista social aunque desnaturalizado, de un diario de la tarde: «El terrible dengue ha empezado á hacer de las suyas despoblando los salones cuyo renacimiento tantas esperanzas nos había hecho concebir.

Damas hermosas, hombres políticos, jóvenes elegantes, humildes sirvientes, todos se encuentran á la par en el lecho del dolor.»

—¡Caracoles! á la par en el lecho...

—Sí, señor. —Qué cosa más singular, —El plural es lo peor.

Dice un editorial de cierto diario católico: «Nos proponemos en este artículo echar una mirada á la mujer creyente.»

¿Eh? ¿Y si es la mujer del prójimo? ¡Y ya es ocurrencia anunciarlo así!

De seguro que al ser los propósitos estos conocidos, lector, lo vas á ver, van é ponerse en guardia los maridos.



Un doctor—Minas—  
 A estar á lo que se vé, le juro, amigo doctor que si quiere hacerlo peor... vamos, no lo logra usted.  
 Filomeno—Canelones—Pero, vamos á ver. ¿Por casualidad no será usted un cernicalo, sin saberlo?  
 Juanito Tintero—Melo—  
 Don Juanito, á lo que infiero, al firmar su siempre espera, mal hizo en firmar Tintero. Pusiérale usted tontera y al firmar fuera certero.  
 R. M.—Canelones—Decididamente. Es usted acreedor á muerte infamante.  
 S. Nato—Montevideo—Veremos, si queda bien, con el mayor gusto. Como se cuide Vd. un poco en el estilo, hará cositas, ya lo creo que hará.  
 Celedonio—Id.—¡Pues señor! Me parece detestable. ¿Ha visto usted cosa más particular?

**ESTUDIO FOTOGRAFICO DOLCE H No 5**

Calle Sarandí, 359  
 Retratos modernos de busto á la romana.

A Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.

**EL ANTICUARIO**

Calle 18 de Julio, 184

Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

**FOTOGRAFIA DE JAZEPATRIK INCESA**

Fotografía de moda por la high life preferida donde retrata toda la gente más distinguida.

**ALPOLONA BABA**

CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8

Dá el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor. CASA ESPECIAL EN CAFÉ

**OGALLIGARIS ESTUDIO**

Hace esta fotografía retratos tan excelentes que á ella acuden á porfia las más distinguidas gentes.

**ESTUDIO FOTOGRAFICO DE CALTE & BROOKS**

Calle 25 de Mayo 300  
 MONTEVIDEO  
 Calle Florida 44  
 BUENOS AIRES